

RESEÑA “EDUCAR PARA HUMANIZAR: LA APUESTA ÉTICA DE ARMARSE DE VALOR”

MARIANA GONZÁLEZ MORALES

Universidad Popular Autónoma del Estado de Puebla

Puebla, México

mariana.gonzalez03@upaep.edu.mx

La obra ‘Armémonos de valor’ del Dr. Martín López Calva (2025), reúne artículos publicados en los medios digitales Lado B y e-consulta a lo largo de tres años. A partir de situaciones concretas de la vida social, el autor construye una reflexión que no se limita a describir lo que ocurre, sino que invita a tomar postura frente a ello. En este sentido, el libro se sitúa en un plano ético, en el que la lectura requiere necesariamente una implicación del lector frente a la realidad que se analiza.

Al considerar la compilación, se reconoce que, más allá de la diversidad de temas, los textos convergen en una misma preocupación. La violencia, la incertidumbre y los intereses que atraviesan la vida social configuran un escenario que impacta de manera directa en la vida de las personas. Frente a ello, emerge una inquietud constante: qué nos está pasando y cómo respondemos ante lo que ocurre en el entorno inmediato y en lo colectivo.

Desde la experiencia de su compilación, esta inquietud se vuelve más clara. Cada artículo parte de un hecho particular, pero todos remiten a una misma tensión de fondo: la relación entre las condiciones del mundo actual y la manera en que las personas se posicionan frente a ellas. La educación aparece entonces de manera reiterada como un espacio desde el cual es posible acompañar, sostener y generar respuestas que no reproduzcan la indiferencia.

En este contexto, uno de los riesgos más visibles es la indiferencia que surge cuando el miedo paraliza. El miedo forma parte de la experiencia humana, especialmente en entornos marcados por la incertidumbre o la violencia. Sin embargo, cuando no se transforma, puede llevar a un cierre que limita la relación con los demás, reduce la implicación en lo colectivo y favorece una mirada distante frente a lo que ocurre.

Esta forma de desvinculación no es menor. La indiferencia supone dejar de mirar al otro, dejar de involucrarse y, en cierta medida, dejar de hacerse responsable. De este modo, no sólo se debilitan los vínculos, sino que también se configura una forma de habitar el mundo en la que lo común pierde relevancia. Por ello, el problema no es únicamente la violencia en sí misma, sino la manera en que comenzamos a acostumbrarnos a ella o a percibirla como algo ajeno.

Es a partir de esta problemática que la organización del libro cobra sentido. Las secciones que lo conforman: 'Reescribir el mundo', 'Desafíos de la educación', 'Cosechando deshumanización', 'Pesimismo esperanzado', 'Profesionales de la esperanza en el cambio de época' y 'Educar para humanizar', permiten recorrer distintas dimensiones de una misma preocupación: cómo sostener lo humano en contextos que tienden a fragmentarlo.

En 'Reescribir el mundo', la propuesta no se limita a cuestionar discursos dominantes, sino que plantea la necesidad de revisar las formas en que interpretamos la realidad. Las narrativas que circulan socialmente no son neutrales, ya que influyen en la manera en que se construyen significados y se establecen relaciones. En este sentido, educar implica abrir espacios donde sea posible problematizar lo dado y generar nuevas formas de comprensión que permitan habitar el mundo de manera más consciente.

'Desafíos de la educación' mientras tanto, enfatiza en la complejidad de los procesos formativos. Educar no es una tarea técnica ni lineal, sino una práctica atravesada por la incertidumbre, la singularidad de cada sujeto y las condiciones del contexto. Esto exige reconocer que no todo puede ser previsto ni controlado, y que la labor educativa implica una disposición constante a interpretar, ajustar y acompañar procesos abiertos.

En este punto, resulta pertinente recuperar lo que señala la Dra. María Rosa Buxarrais Estrada en el prólogo, al afirmar que educar es, ante todo, una decisión moral. Esta afirmación permite comprender que la educación no puede reducirse a la transmisión de contenidos o al cumplimiento de objetivos, sino a una toma de postura frente a los otros y frente al mundo que se construye en común. Educar, en este sentido, supone asumir una responsabilidad ética que atraviesa cada práctica y cada decisión.

Por su parte, 'Cosechando deshumanización' muestra cómo ciertas formas de violencia se normalizan de manera progresiva. Este proceso no ocurre de forma abrupta, sino que se instala cuando dejamos de reaccionar ante lo que sucede o cuando comenzamos a percibirlo como algo distante. La deshumanización, así entendida, no se limita a actos extremos, sino que también se expresa en pequeñas formas de indiferencia cotidiana que van erosionando los vínculos.

Mientras que en 'Pesimismo esperanzado' la tensión que se plantea en este capítulo permite comprender que la esperanza no elimina el conflicto, sino que convive con él. Esto implica asumir que no es una postura cómoda, sino una exigencia que demanda sostener la mirada sobre la realidad sin evadir sus contradicciones. En este sentido, la esperanza no simplifica el contexto, sino que obliga a habitarlo desde una conciencia más atenta y comprometida.

Desde esta perspectiva, la esperanza tampoco puede entenderse como una expectativa de resultados inmediatos. Su sentido no radica en garantizar que las condiciones cambien, sino en orientar la manera en que las personas se posicionan frente a ellas. Esto supone reconocer que, aun en escenarios adversos, existen márgenes de acción que dependen de las decisiones cotidianas y de la forma en que se construyen los vínculos.

Así entendida, la esperanza se convierte en una práctica que se sostiene en el tiempo. No es un estado emocional pasajero, sino una disposición que se construye a partir de la relación entre pensamiento, acción y responsabilidad. De este modo, se configura como una forma de resistencia frente a las dinámicas que tienden a fragmentar lo común y a debilitar la implicación colectiva.

En 'Profesionales de la esperanza en el cambio de época', la figura del educador no puede comprenderse únicamente desde su función institucional, sino desde su incidencia en la formación de estar en el mundo. Su presencia, sus decisiones y la forma en que construye relaciones inciden directamente en la manera en que los estudiantes interpretan la realidad y se posicionan frente a ella.

Esto implica que la práctica educativa no se limita a la transmisión de saberes, sino que involucra la construcción de experiencias que modelan la sensibilidad, el juicio y la capacidad de relación con los otros. En este marco, el educador se convierte en un referente no por lo que dice, sino por la manera en que habita su propia práctica.

De esta manera, acompañar procesos educativos en contextos complejos exige una ética de la atención y de la responsabilidad. Supone reconocer que cada interacción tiene un impacto formativo y que, en ese sentido, educar implica también hacerse cargo de las condiciones que se generan en el encuentro con los otros.

Finalmente, en ‘Educar para humanizar’, la perspectiva planteada, permite comprender que la educación no sólo responde a las condiciones del contexto, sino que también contribuye a configurarlas. En la medida en que genera formas de relación, modos de diálogo y criterios de valoración, la práctica educativa incide en la manera en que se construye lo común.

Por ello, hablar de educación para humanizar implica asumir que cada espacio educativo es también un espacio político, en tanto en él se definen formas de convivencia, se reconocen o se niegan voces, y se construyen sentidos compartidos. Esta dimensión no siempre es explícita, pero está presente en cada decisión pedagógica.

Y es así que la educación puede contribuir tanto a reproducir dinámicas de fragmentación como a generar condiciones para el encuentro. La diferencia radica en la manera en que se configuran los vínculos, en la apertura al diálogo y en la disposición a reconocer al otro como alguien con quien se comparte un mundo.

En este punto, la propuesta del libro deja de ser únicamente reflexiva y se vuelve una invitación. No basta con reconocer lo que ocurre; es necesario preguntarse cómo participamos en ello y qué lugar asumimos. Armarse de valor es una invitación a no permanecer al margen.

Así, el libro deja una idea que atraviesa toda la obra: la esperanza no es algo que se tiene, sino algo que se ejerce. En este sentido, la tarea del profesional de la esperanza implica sostener la dignidad en lo cotidiano, apostar por lo humano. Porque, al final, lo que está en juego no es sólo la educación, sino la forma en que decidimos estar con los otros.

Por ello, 'Armémonos de valor' no busca admiradores, sino cómplices: personas dispuestas a involucrarse en la construcción de otro modo de habitar el mundo. En un contexto que tiende a normalizar la deshumanización, el mayor riesgo no es únicamente lo que ocurre, sino la facilidad con la que dejamos de cuestionarlo y terminamos aceptándolo como parte de lo cotidiano. Porque acostumbrarse también es una forma de renunciar, y en ese punto, educar implica decidir no hacerlo.

REFERENCIAS

López Calva, Juan Martín. (2025). *Armémonos de valor: Educación para otro mundo posible VI*. Ciudad de México: Tirant Humanidades.